

LA PSICOLOGIA SOCIAL COSTARRICENSE: REALIDAD Y PERSPECTIVAS

Jaime Robert J.*

A fin de realizar un balance de lo que ha sido la práctica de la Psicología social costarricense en estos últimos veinte años e intentar una prospectiva crítica de sus retos y perspectivas de cara a los inicios del próximo milenio, resulta oportuno enmarcar dicha reflexión en el ámbito más general de la discusión sobre la modernidad, su impugnación posmodernista y su significación en el balance gnoseológico y ético de la práctica de la Psicología social, en el contexto de globalización neoliberal y colapso del Estado de responsabilidad social en que nuestras mestizas culturas y formaciones periférico dependientes se encuentran inmersas.

Y es que el dilema ético que la Psicología social de hoy debe resolver pasa indefectiblemente por derimir la cuestión de la crisis del proyecto salvacionista y terapéutico de la modernidad y sus implicaciones sobre sus objetivos programáticos: ¿Es posible aún defender la vigencia de una Psicología política desde la perspectiva de la metafísica del progreso?; aún más, con la caída del socialismo soviético, los procesos de globalización mercantil y la refuncionalización de nuestras economías periférico dependientes, al tenor de los nuevos poderes del norte, ¿Por qué

* * Profesor de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica.

debemos, y podemos, optar?, ¿Acaso por una Psicología social tecnocientíficamente orientada que contribuya al productivismo y eficientismo económicos que eventualmente nos llevaría a una vida buena?, o más bien por una Psicología social de corte mítico-humanístico sustentada en los ejes del desarrollo sostenible y la perspectiva de género?, o acaso por una Psicología social ideográfica basada en la etnografía local y los procesos subjetivos de recomposición, mantenimiento y disolución del lazo social?.

Cuestión de legitimación que pasa asimismo por el problema de la institucionalización de la Psicología social en general y de su cristalización posible en un programa nacional, investigación y ejercicio profesional. ¿Podemos hablar de una Psicología social costarricense? ¿Cuáles son sus nortes formativos, investigativos y profesionales? ¿Cuál es el escenario plausible para el despliegue de tal programa? ¿Acaso el de la "novísima" competencia mercantil o, en su defecto, de la "tradicional" burocracia pública?

Gnoseológicamente, la cuestión refiere a la crisis del sujeto trascendente del saber y su racionalidad universalista, el destino de las doctrinas y teorías globalizantes, el alcance heurístico de sus categorías explicativas y comprensivas y la consistencia de sus progresivas segregaciones epistémicas. ¿Es dable una visión comprehensiva y cosmológica de los procesos psicosociales o

debemos optar por teorías transitorias y de alcance local?

Cuestión de delimitación y construcción de lo psicosocial que nos remite a los problemas conceptuales que subyacen en la temática de la significación social de la actividad humana y en especial, a las categorías de sujeto, actividad e ideología, conque hemos tendido a establecer su especificidad.

Para abordar este conjunto de cuestiones es oportuno recordar que el proyecto de la modernidad se instituye con el siglo de las luces como un proyecto de racionalización creciente de la vida, cosmogónico y secularizante, prometeicamente productivista e innovador, analítico y prospectivo.

Proyecto que contrasta con el carácter más bien retrospectivo, holístico, orfeico y sacralizante de los sistemas míticos no occidentales y preindustriales.

El triunfo y expansión de la modernidad significó inicialmente el surgimiento de los grandes sistemas teóricos globalizantes que caracterizaron a las decimonónicas tradiciones del pensamiento europeo, tales como la organicista o la marxista y que se disputaron la dirección del proyecto de la modernidad.

Ellas configuraron los fines superiores del proyecto de las luces ¿Qué ser: sabios, libres, iguales, felices o poderosos? bajo la forma de las grandes utopías del industrialismo, el liberalismo mercantil y político o el justicialismo laboral

(Lyotard, 1986/1992).

Simultáneamente, las tendencias analíticas que subyacían al racionalismo cartesiano y se encubaban en los procesos de trabajo, invadían el mundo de la vida, separando los ámbitos de lo político, lo moral, lo estético y lo productivo, dando paso a la cultura de expertos y subvirtiendo el discurso filosófico en nombre de las tecnociencias del hombre, que se desarrollaban al amparo del Estado napoleónico -cristalización hegeliana del sujeto trascendente y racionalista- y venían a responder, ya no al "qué ser" del pensamiento utópico", sino al "como hacer para ser", propio de sus ingenierías.

Es así, en el marco de institucionalización del Estado moderno, que las tecnociencias del hombre se constituyen crecientemente como depositarias de un saber especializado, expresión de ese bio-poder (Foucault, 1977/1985) con el que el Estado se abroga el derecho de incidir progresivamente en los ámbitos más diversos de la actividad humana, dizque para realizar el ideal de una vida buena, individual y colectivamente hablando.

En tanto expresión de este bio-poder, las tecnociencias del hombre desplazan, no sólo prácticas tradicionales como las religiosas, familiares o vecinales, sino también a los sujetos de la ilustración filosófica, a los intérpretes del logos, dado ahora por cosa resuelta.

El siglo XX experimentó, junto con el despliegue de la sociedad de masas y el Estado keynesiano, expresiones en lo real de los procesos de modernización política y socioeconómica, la fragmentación de las teorías globalizadoras decimonónicas en epistemologías particulares.

De una ciencia única de la cultura se pasó a un conjunto de disciplinas especializadas en diferentes aspectos de aquella y en particular en el análisis de la nueva entidad que segregaba la compartimentalización progresiva de lo moral: el yo autónomo y autocontenido (Cushman, 1990)

El estudio de los sistemas filosóficos y las concepciones con alto grado de abstracción cedieron ante el avance de los análisis de las fragmentarias, incoherentes y contradictorias versiones del hombre y la mujer de la calle sobre aspectos muy parciales de su cotidianidad.

De los análisis hermenéuticos de las obras significativas desde el punto de vista de las concepciones o la cultura de una época histórica, se pasó a los estudios empíricos de encuestas de opinión y actitudes, y más recientemente a las representaciones sociales y los métodos de ideografía intensiva.

De los enfoques de la Filosofía de la historia y de la teoría de los grandes sistemas sociales, centrados en el análisis de las mediaciones de los sistemas sociales y sus propiedades sobre las

representaciones conscientes y sus leyes de organización metaconsciente, se pasó a los enfoques de la Psicología social, centrados en la dinámica intersubjetiva de los sujetos soportes de tales procesos.

Esta transición de las grandes utopías a las tecnociencias del hombre se experimentará durante todo el período posterior a la segunda posguerra y se expresará como tensión entre humanismo y científicismo, marxismo y positivismo, utopía e ideología, pensamiento crítico-emancipatorio e instrumentalismo y asistencialismo profesional, con un avance progresivo de las segundas sobre las primeras en lo que Herbert Marcuse (Marcuse, 1954/1972) llamaría la unidimensionalización de la sociedad y que con la caída del socialismo soviético, el fortalecimiento de las relaciones mercantiles y el desmatelamiento del Estado keynesiano, se anuncia como realización de la Historia, triunfo del hombre sobre la naturaleza externa e interna y victoria de las tecnociencias cognitivo conductuales.

En Costa Rica este proceso se vive de manera más bien tardía con la fuerza que recién toman los cada vez más generalizados estudios de opinión pública, extendidos ahora a los más diversos temas, desde la consulta acerca de las preferencias electoreras, hasta los monitoreos en "marketing" y publicidad, la preocupación historiográfica por las representaciones sociales, el aún más

reciente interés etnográfico por la mitomanía modernista y cotidiana, los estudios sobre estilos de vida y las diversas modalidades de constitución de la conciencia cotidiana, especialmente de sujetos provenientes de grupos estigmatizados.

Desarrollo tardío que no deja de ser relativo si consideramos los orígenes mismos de la Psicología social en nuestras latitudes.

Si bien identificamos un originario interés por las ciencias sociales ya a principios de siglo, en la turbulenta época de los 30 y la lucha antioligárquica y de crítica al Estado despótico-tradicional -en particular desde una perspectiva ensayística y aún orgánicamente vinculada con aquella Filosofía de la Historia cara a las grandes utopías decimonónicas-, es al amparo de la refuncionalización modernista del Estado nacional y su estructuración como institución keynesiana de responsabilidad social que se constituye la práctica de la Psicología costarricense y de la Psicología social en particular.

Práctica que deviene de un plan de estudios concebido inicialmente como de corte crítico-humanístico de acuerdo con la concepción humboldtiana de la educación superior, pero que prontamente toma el rumbo de una formación tecnocientífica de corte clínico paramédica. Reorientación que explica en mucho la suerte diferencial que tendrá la práctica de la Psicología a partir de mediados de los setenta en relación con disciplinas

hermanas como la Sociología y la Antropología.

Es en este ámbito intradisciplinario que emerge la práctica de la Psicología social, que por cierto en la mayoría de los demás países se encuentra académica y profesionalmente segregada claramente de la Psicología y adscrita a los programas de la Sociología, la Antropología y otras ciencias sociales -de las que a su vez la "Psicología general" tiende a distanciarse en la dirección de las ciencias biológicas y médicas-.

Y nace la Psicología social al interior del plan de estudios de la carrera de Psicología como un conjunto de cursos impartidos por cualquiera y con una temática fuertemente tamizada por aquella que resulta dominante en la Psicología social académica anglosajona.

Tamización que no resulta para nada accidental pues, como ya hemos afirmado en trabajos anteriores (Robert, 1988-1991), en nuestros países, la inserción de la Psicología social se ha dado merced a las peculiaridades estructurales y funcionales de una articulación asimétrica de carácter periférico y complementario de nuestras formaciones sociales en el marco más amplio de la acumulación de capital a nivel mundial, y caracterizada por la actualización refleja de un psicologismo instrumentalista, ascéptico, descontextualizador y atemporizante, indiferente, cuando no hostil, a las tradiciones culturales nativas, e inscrito

profesionalmente en los polos modernizantes del subdesarrollo.

En esos trabajos hemos afirmado también que es merced a esa alianza acrítica de progreso-tecnocencia, que el cientificismo psicosocial se ve en nuestras sociedades objetivamente articulado al progreso tecnológico y social y de potenciación del yo autónomo y autocontenido primero, y hedonista después. Y ello sin sentirse impelido de tomar conciencia de su lugar y función en la dialéctica de la expoliación imperialista, la desintegración étnica y comunitaria, y la postergación y postración sexual y de clase propias de nuestras formaciones dominacionistas y periférico dependientes.

En los mismos, hemos concluido que con tales omisiones, una tal ciencia del ser humano en sociedad no podía acceder significativamente a una comprensión crítica de los problemas vitales cotidianos, ni brindar aporte alguno en su resolución, que no fuera el de potenciar aún más el sometimiento, esfuerzo y agresión humanas (Robert, 1991)

Este programa sin embargo se da en un momento histórico en el que las luchas de liberación nacional, compromiso con las masas postergadas y revolución socialista, sacuden el istmo y el cono sur, poniendo de paso en cuestión no sólo la hegemonía político-económica de los EUA sino también su hegemonización cultural, y permitiendo, en el caso de la Psicología social, tomar distancia

frente a una modalidad de pensamiento y acción considerada hasta finales de los sesenta como incuestionable.

Nos dice Ignacio Martín-Baró -el psicólogo social de mayor envergadura en el Istmo centroamericano y cuya vida y muerte constituyen el paradigma de psicólogo social comprometido en los 70-80-, que si bien "todavía mucho de nuestro trabajo es definido por la lógica de los modelos desarrollados en Estados Unidos, tanto por los problemas que esos modelos prtetenden explicar como por la peculiar manera de abordarlos que permiten (...) hay (ahora) una clara voluntad de enfrentar problemas cruciales de nuestra situación, tanto si han sido tratados como si no por la Psicología social dominante. (...) se observa una creciente independencia teórica y metodológica de los psicólogos centroamericanos respecto a los cánones científicos impuestos desde los grandes centros de poder académico, y ello no por un prurito independentista, (...) sino por una comprensión más clara de lo que son las ciencias sociales y los límites del positivismo. Finalmente, se da entre los psicólogos centroamericanos una creciente opción de servicio a las causas de las mayorías oprimidas de nuestros pueblos y a sus luchas de liberación histórica, lo que exige un compromiso que obliga a replantearse los presupuestos mismos de nuestro saber teórico y práctico (...) las circunstancias actuales de nuestros países, la crisis que ha

estallado en el istmo centroamericano, nos ha puesto de pronto frente a situaciones límites, tanto personales como colectivas, que nos han obligado a definir de nuevo nuestro aporte científico y profesional a la historia de nuestros pueblos" (Dobles, 1986, pag. 72).

Proceso de latinoamericanización de nuestra Psicología social que se caracteriza por un trabajo de autodefinición y adecuación de sus conocimientos a realidades más específicas y en el que sobresalen una línea de intervención comunitaria, la indagación de problemas de ecología humana, la deconstrucción de lo psicosocial desde el campo de la ideología y la crítica psicosocial de la situación política latinoamericana.

Concretamente en nuestro país, el clima socialdemócrata que priva en los 70s, con un Estado empleador en pleno auge y la inmigración de un contingente significativo de psicólogos del cono sur, especialmente chilenos, facilita muy tempranamente el cuestionamiento de la ingeniería social implícita en la psicología social anglosajona y conlleva a la construcción nacional de una Psicología social cuyos nortes fuesen los del compromiso y la transformación societal.

No obstante el proyecto de esta latinoamericanización de la Psicología social, antes que por un trabajo conceptual significativo indígena, se caracteriza por un débil surgimiento de

alternativas críticas al programa de las tecnociencias, basado en lo epistémico en reformulaciones neomarxistas, neofreudianas y estructuralistas y en lo pragmático en el desarrollo de tecnología humanas neopositivistas.

Este desarrollo ambivalente de la Psicología social costarricense cristaliza en un híbrido disciplinar, aunque quizá sería más exacto afirmar que toma el rumbo de dos embriones, no explícitos ni jamás desarrollados, dos tradiciones o programas rivales de la Psicología social, cuyas manifestaciones en el dominio profesional están relativamente bien delimitadas por Alfonso González (1991) cuando afirma que:

"Si se representara este programa disciplinar como una dimensión continua, en el extremo de su máximo logro se encontrará la participación de los psicólogos sociales en el diseño e implementación de la reforma penitenciaria. En el otro extremo, en general, se encontrarán las prácticas profesionales sistémicas en diversas oficinas de selección de personal"(pag. 38).

El proyecto académico de tal hibridación psicosocial, se materializa en la formación de un profesional orientado por la consigna de ser "un agente de cambio social" e inserto en las instituciones estatales, que a la vez que trasciende los estrechos marcos del asistencialismo clínico, se ve entrelazado en la multitud de puntos de contacto y de superposiciones con las prácticas de otros tantos profesionales de las ciencias sociales, la educación y la salud, que también están tratando de articular,

a través de la burocracia estatal, un proyecto de cambio social e institucional. Así, muchas de las prácticas profesionales de los educadores, orientadores, trabajadores sociales, sociólogos, antropólogos, administradores, abogados, criminólogos, médicos, salubristas, psiquiatras, epidemiólogos, enfermeras comunitaristas, etc. rivalizan, se entremezclan y confunden con las prácticas profesionales psicosociales.

En fin, a finales de los ochenta la Psicología social costarricense se nos presenta como una difusa homelete incapaz de definirse a si misma a partir de su práctica profesional, uno de cuyos extremos es posible identificar en términos de intereses emancipatorios societales y el otro de técnicas e instrumentos que disciplinan la conciencia cotidiana y que devienen en prácticas institucionales que subdividen la disciplina en áreas de inserción tales como Psicología social de la salud, Psicología social de la educación, Psicología social del trabajo, Psicología social de la represión, etc.

Hoy, que el pensamiento crítico utópico parece desboronarse con la caída del muro de Berlín, la globalización del mercado capitalista, el desmantelamiento del Estado nacional de responsabilidad social y el auge del pensamiento neoconservador, la defensa de una perspectiva crítica y tercermundista de la Psicología social naufraga en la pérdida de contundencia de sus

argumentos y, sobre todo, la decepción y amargura de sus propulsores. ¿Hemos de insistir aún en orientar la reflexión y prácticas de la Psicología social en nombre de algún horizonte posible de dignificación, pacificación y responsabilización de la existencia humana en nuestras coordenadas específicas y continuar aventurándonos en nuestra propuesta de una psicología social costarricense tercermundista?.

O por lo contrario ¿hemos de declarar humildemente nuestro fracaso, someternos al sacrosanto valor supremo del mercado y reorientar nuestras reflexiones prospectivas en procura de una tecnociencia psicosocial con sus implicaciones formativas, investigativas y profesionales?.

Actitudinalmente es evidente que se han operado profundos cambios en nuestra disposición anímica. La situación límite que Ignacio Martín-Baró describió para la práctica de la Psicología social de las ochenta parece haber cambiado de signo; su misma vida y martirio, expresión dramática de la validez de su aserto no nos parecen hoy tan paradigmáticas. El compromiso con los pobres de la tierra no conforma hoy el norte de la formación universitaria ni satura nuestras preocupaciones en sus aulas, la pérdida de un norte y el desencanto con cualquier pretensión en ese sentido es real, como lo son el escepticismo y la amargura, que sólo parecen ceder al oportunismo hedonístico y egoísta.

No obstante, si bien hoy no suscribimos el marcado acento sacrificial y mesiánico marxista que han tenido nuestras evaluaciones y propuestas, pensamos, al contrario del lacaniano Néstor Braunstein, que aún nos reconocemos en aquella letra y que en lo sustancial, seguimos creyendo en aquellas consideraciones y propuestas, por lo que nuestra posición es de revisión, reconstrucción y adaptación, nunca de abandono, aunque si quizá de mucha cautela.

Y en esta línea, lo primero que cabe afirmar es que, salvo campos muy específicos como la esfera del trabajo, las tecnociencias no han triunfado sobre el pensamiento crítico-utópico, sino que ellas son también alcanzadas por la crisis del Estado de responsabilidad social, al ponerse en entredicho su pertinencia para organizar la vida individual y colectiva.

Y es que la segregación que el pensamiento neoconservador realiza entre el mundo de la cultura y la modernización socioeconómica, responsabilizando a aquel de los males que en ésta se generan, cuestiona no sólo la ya desacreditada razón crítica ilustrada, sino también la competencia de la Ingeniería social para organizar el mundo de la vida, desacredita al sujeto del saber técnico de cualquier signo y potencia la reinstalación de las tradicionales redes de apoyo religioso, familiar y vecinal propias de la narrativas míticas.

Pero más allá de esta crítica neoconservadora a la legitimidad de las tecnociencias para organizar el mundo de la vida, el quid ético del asunto es que el control de la naturaleza interna que ellas prometen, sólo se acompaña de una mayor seguridad respecto de los hechos pero no de una mayor libertad, ilustración y dignificación de la vida.

La tendencia entonces, antes que a potenciarla como Tecnociencia, es a descientificar la Psicología social y reconfigurarla como sabiduría de lo cotidiano, o más precisamente, como aporte, entre otros, de carácter no sólo cognitivo sino también ético y estético, a la resolución de los dilemas de la vida en sociedad. Es ahí donde ha de dirimirse el destino de nuestra Psicología social.

Por ello pensamos que al pensamiento crítico trascendente aún le es posible alcanzar protagonismo, siempre y cuando su crítica prospectiva abandone el marco del sujeto universal, la metafísica de la liberación y la pretención terapéutica y sacrificial, adoptando una perspectiva pluralista y fluctuante que acepte la fragmentación de ámbitos a la vez que reconozca las múltiples combinaciones de lo tradicional y lo moderno y, en un marco de potenciación de la comunidad dialógica y simétrica históricamente posibles.

Su trascendentalidad crítica sólo superará toda insinuación

totalitaria en la medida en que su plausibilidad se someta al reconocimiento del alter como interlocutor válido y a la aceptación humilde de la ausencia de señor(ío): parangoniando a Nietzsche, sólo en la medida en que comprendamos que no hay señor a quien servir, comprenderemos que no hay vasallo a quien someter.

En tal dirección hemos de insistir en las propuestas que anteriormente se han hecho de formar profesionales que aporten a las cuestiones de organización y habilitación de los colectivos en la autorreflexión y planificación, adaptación y desarrollo autodeterminantes, y en particular en la capacitación en las estrategias de la investigación participativa, "paradigma" metodológico de una perspectiva que subvierte las pretensiones del supuesto saber de la cultura de expertos y devuelve a los pueblos su dignidad, responsabilidad y control de aquello que les compete. Asimismo, hemos de resaltar en los programas de formación de psicólogos la clásica temática del análisis y la resolución de conflictos, desde la perspectiva del fortalecimiento de la autonomía personal y social, la apertura al cambio, el respeto a las minorías y la procuración de la solidaridad en contextos específicos de expoliación y lucha por la sobrevivencia.

Tal perspectiva ha de constituir el fundamento ético, y un principio estético, del núcleo ontológico y epistémico del programa psicosocial costarricense.

Seguimos creyendo que el psicólogo social debe formarse de cara a las principales cuestiones de debate nacional; que esa formación debe sensibilizarlo en tales cuestiones y capacitarlo para intervenir en su deliberación y resolución desde una perspectiva de dignificación, pacificación y responsabilización de la existencia históricamente posibles; que deben crearse los mecanismos que garanticen su intervención pública y su labor investigativa en tales cuestiones.

Al respecto creemos que tales cuestiones gravitan hoy en día fundamentalmente alrededor de las construcciones mentales que se realizan en torno al sentido y conveniencia de las estrategias de ajuste estructural y desmantelamiento del Estado de responsabilidad social y su incidencia en las condiciones, estilos y proyectos de vida de diversos sectores, fuerzas y actores sociales. Pensamos que debe prestarse una especial atención a los evidentes signos de violencia -entre los que sobresale la violencia doméstica y de género, la xenofobia y discriminación de minorías, la criminalidad infanto juvenil, el egoísmo punitivo y el diversionismo hostil-, desempleo, marginalización y mendicidad -en todo aquello que fomenta la incertidumbre, exclusión e indignidad-, deculturación y consumismo -en especial mediante el análisis del papel interpelador que en las apetencias y formación de las estructuras intersubjetivas desempeñan los medios de

difusión masiva-, así como a las diversas estrategias de sobrevivencia y compensación - un amplio espectro que va del alcoholismo y la drogadicción, pasando por la religiosidad hasta modalidades reinvindicativas de diversa índole-, y su significación psicosocial en el contexto de la internacionalización de la economía, el desmantelamiento del Estado de responsabilidad social y su reconversión en un Estado autoritario de caridad social.

En esta línea, aún certificamos la importancia de la noción de ideología en la comprensión psicosocial, pero ya no nos adscribimos a la tesis de que ella constituye su núcleo problemático. El concepto de ideología se encuentra inextricablemente vinculado a la problemática de la dominación y la reproducción social y a la perspectiva del proyecto salvacionista de la ética del trabajo, por lo que nos resulta hoy más bien incompatible con nuestras preocupaciones enfocadas más a las prácticas de sobrevivencia, la emergencia de nuevos agentes sociales y reconsideración de tradiciones -que como los movimientos de género, indígenas o campesinos no se identifican hoy en el proyecto salvacionista marxista-, y una perspectiva pluralista que se reconoce en la diversidad de las múltiples combinaciones de lo moderno y lo tradicional. Una perspectiva que renuncia a las pretensiones metafísicas, las soluciones

globalizantes finales y las promesas sacrificiales y potencia las simetrías de toda índole en un afán que tiene a la comunidad dialógica humana por norte.

Y es desde esta última consideración que consideramos aún rescatable la noción de lo popular y lo tercermundista como horizontes políticos de la práctica de la Psicología social nacional.

Finalmente, en cuanto a su ámbito de inserción, pensamos que el Estado no puede seguir siendo el referente de su escenario posible y que a la vez de buscar un lugar en las ONG abocadas a diversas luchas por la defensa del medio, la dignificación de las minorías y la lucha contra la discriminación, y la búsqueda de la pacificación y la solidaridad humana, debe procurarse la creación de instancias organizativas de reflexión, investigación, capacitación y prestación de servicios con miras a tales fines.

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Cushman, Peter (1990); "Why the Self is Empty". American Psychologist. Vol 45. No. 5 pp. 599-611
2. Dobles, Ignacio (1986); "Psicología social desde Centroamérica: retos y perspectivas. entrevista con el Dr. Ignacio Martín-Baró". En En Revista Costarricense de Psicología. San José/Costa Rica: Colegio Profesional de Psicólogos de Costa Rica. Junio-diciembre 1986. Año 5, Nos. 8 y 9.
3. Foucault, Michel (1977/1985); Historia de la sexualidad. México: Siglo XXI editores.

4. González O., Alfonso (1991); "La Psicología Social costarricense: El futuro de una promesa". En Revista Costarricense de Psicología. San José/Costa Rica: Colegio Profesional de Psicólogos de Costa Rica. Enero-junio 1991. Año 9, No. 18. pp. 37-45.
5. Lyotard, Jean Francois (1986/1992); La Posmodernidad. (Explicada a los niños). España: Gedisa.
6. Marcuse, Herbert (1954/1972); El Hombre Unidimensional. Barcelona: Editorial Seix Barral S.A.
7. Robert J., Jaime (1988); "La Psicología social: Una aproximación crítica y tercermundista". Revista Psicología de El Salvador. No. 27. V11
8. Robert J., Jaime (1991); "La Psicología costarricense en los ochenta: Tendencias y perspectivas. En Revista Costarricense de Psicología. San José/Costa Rica: Colegio Profesional de Psicólogos de Costa Rica. Enero-junio 1991. Año 9, No. 18. pp. 27-35.